**La patera**

El horizonte se dibujaba ante ella como un gran interrogante. La niña

observaba maravillada la inmensidad del mar. Su abuelo le había hablado de la

tierra de sus antepasados, tierra fértil repleta de jardines donde brotaban las

fuentes más preciosas. Pensaba que era una privilegiada por volver a sus

orígenes, aunque no era fácil empezar una nueva vida sin conocer el idioma ni

las costumbres.

Bostezaba, la brisa del mar le había abierto el apetito. Pero no podía pensar en

ello, su madre le había aconsejado distraer la mente en otras cosas. Su padre

le había prometido que lo primero que haría, en cuanto cobrara el primer

sueldo, sería comprarle una pelota y unas zapatillas.

El viaje se hacía largo y pesado. El tiempo empezaba a empeorar, la mar

estaba alborotada. Se agarró con fuerza a sus padres, que la protegían con sus

cuerpos. Las olas poderosas intentaban echar de su territorio a aquella

embarcación atestada de gente.

La patera se zarandeaba sin parar, hasta que emitió un ruido que le partió en

dos el alma. La niña se agarraba a sus padres que nadaban esforzándose para

mantenerse a flote. La patera se hizo trizas. La gente intentaba agarrarse a sus

restos. La niña y sus padres fueron de los pocos afortunados.

Cuando volvió en sí, vio unos hombres vestidos de verde que los iban sacando

uno a uno del agua y los iban amontonando, otra vez, en camiones,

ambulancias, al fin y al cabo otro tipo de pateras. Miró hacia arriba y no

encontró jardines ni fuentes; en su lugar cemento y casas altas que tocaban el

cielo. Aquello no era la tierra prometida.